

**François Dubet.¹ *El ocaso de la Institución*
(*Le déclin de l'institution*, Éditions du Seuil, Paris, 2002)**

Denis Sulmont

Este libro ofrece una reflexión sobre lo que el autor llama los «programas institucionales». Se sustenta en una investigación sobre los maestros, las enfermeras y los trabajadores sociales en Francia, quienes tienen en común el ejercicio de un «trabajo sobre otros», lo cual implica un compromiso vocacional reconocido institucionalmente.

El concepto de institución

El autor recuerda que la noción de institución, en un sentido amplio, designa a veces a casi todos los hechos sociales en cuanto son organizados, se transmiten de generación a generación, y se imponen a los individuos. En el prefacio de *Las reglas del método sociológico* (1895), Emile Durkheim decía: «Se puede llamar institución a todas las creencias y los modos de conducta instituidos por la colectividad». En la misma perspectiva, la tradición antropológica entiende por institución a toda norma de conducta establecida y reconocida por un grupo social determinado. Para Mary Douglas, autora del libro *¿Cómo piensan las instituciones?* (1986), las instituciones son «los marcos cognitivos y morales en los cuales se desarrollan los pensamientos individuales».

En un sentido más estrecho, la institución es, a veces, sinónimo de organización. Max Weber lo entiende así, al definir una institución como «una asociación o agrupación que comprende reglamentos establecidos racionalmente».

Asimismo, las instituciones son enfocadas en un sentido político: constituyen aparatos y procedimientos que apuntan a la resolución de conflictos, la producción de reglas y la toma de decisiones legítimas. Las instituciones aseguran la regulación de las relaciones sociales, transformando la confrontación de intereses y opciones particulares en acuerdos políticos y opciones públicas. La institucionalización designa el reconocimiento legal de determinados actores y problemas sociales y su incorporación en un espacio democrático.

¹ François Dubet es sociólogo, docente en la Universidad de Burdeos II y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, investigador en el Centro de Análisis e Intervención Sociológica. Entre sus publicaciones, destacan *La Galère* (1987), *Les Lycéens* (1991), *Sociologie de l'expérience* (1994), *À l'école et Dans quelle société vivons-nous?* (1996-1998, con D. Martucelli) y *L'Hypocrésie scolaire* (2000, con M. Duru-Bellat).

¿En qué consiste un programa institucional?

François Dubet utiliza el concepto de institución de manera específica, adjuntándolo a la palabra «programa». Un programa institucional es una actividad profesional organizada orientada a socializar a los individuos y constituirlos como sujetos autónomos, lo cual produce en ellos la interiorización de ciertos valores y principios. Esta actividad implica un «trabajo sobre otros» realizado por determinados profesionales con un sentido de vocación.

Dicha concepción se resume en la siguiente ecuación:

Valores/principios → Vocación /profesión → Socialización: individuo y sujeto

Los programas institucionales abarcan múltiples campos: iglesias, educación escolar, hospitales, servicios asistenciales, administración de la justicia, centros penitenciarios, investigación científica, universidades, medios de comunicación.

Un programa institucional se sustenta en creencias religiosas o laicas, pero siempre *sagradas*. Se sitúa «por encima» de la diversidad de grupos y los particularismos. Cobra fuerza en la medida en que se sustenta en un cuerpo de doctrinas y principios percibido como coherente. Una tarea esencial de los profesionales involucrados en un programa institucional consiste precisamente en producir esta coherencia. Las instituciones se presentan como «santuarios sagrados» protegidos del desorden del mundo.

Algunos ven a las instituciones como sistemas de «control total» que tienden a la destrucción de toda subjetividad autónoma. El autor considera que la voluntad de control institucional forma parte de un proyecto más amplio, orientado a promover o restaurar la capacidad de los individuos para desenvolverse autónomamente en la vida social.

Un programa institucional, en un mismo movimiento, pretende socializar al individuo y constituirlo en sujeto. La creencia en la continuidad de este proceso está en el corazón de la lógica institucional. Por un lado, se trata de inculcar en los individuos hábitos y una identidad conforme a las exigencias de la colectividad. Por otro, se les remite a valores y principios universales que sustenten el ejercicio de su libertad. Un programa institucional es profundamente moderno en tanto combina la afirmación de la razón y del sujeto, lo que Alain Touraine llama «las dos alas de la modernidad». Las instituciones fabrican individuos que interiorizan la obligación de ser críticos de sí mismos y de autocontrolarse.

El sistema educativo ocupa un lugar central en esta perspectiva. En la escuela primaria el niño está sometido a una moral objetiva; sigue al maestro o la maestra, aprende a controlar su cuerpo y sus funciones, ejercita su memoria. En el colegio, el alumno se relaciona con múltiples profesores; se le impone la división del trabajo y se le exige más iniciativa.

El psicoanálisis contribuye a entender la tensión entre la socialización y la autonomización del individuo desde su primera infancia. La relación con la madre genera un proceso de fusión mediante el cual el niño accede a las dimensiones más comunitarias de la cultura como forma de satisfacer sus necesidades. Pero la dependencia respecto a la madre está alterada por la presencia del padre, que provoca el complejo de Edipo. Por medio de esta crisis, el niño toma conciencia de sí mismo.

Un programa institucional constituye una «ficción necesaria», es decir, un conjunto de creencias que los actores aceptan para dar sentido a su vida social. Los maestros deben actuar como si todos los alumnos estuvieran en igualdad de condiciones; y las enfermeras como si los todos enfermos pudieran sanar. Mediante una fuerte retórica el discurso institucional armoniza principios y realidades contradictorias. Por ello un programa no puede ser nunca plenamente conforme con lo que se espera de él.

Crisis del programa institucional

La crisis del programa institucional proviene de la desagregación del fundamento racional y moral de la sociedad industrial. En las últimas décadas se viene exacerbando lo que Daniel Bell denomina «las contradicciones del capitalismo». De acuerdo con el análisis propuesto por Touraine en su libro *Crítica de la modernidad*, asistimos a un proceso de separación de las esferas de la vida social. Están por un lado los valores de la realización personal estimulada por la expansión del consumo; por otro, los valores de la racionalidad instrumental aplicada a la producción; y por otro, la lógica del poder propia del mundo de la política y del Estado. En consecuencia, la socialización pierde unidad, se confronta a la ambivalencia de valores. Pasamos de una cultura sustentada en una representación unificada del orden y del progreso, a una cultura sin referencia común definida. Vivimos en un mundo pluralista en el que la mayor parte de las instituciones ha perdido su monopolio. La cultura escolar, si bien sigue siendo la más oficial, compite con las representaciones provenientes de experiencias diversas y alimentadas por múltiples flujos de información y comunicación.

La erosión de la unidad de las finalidades culturales de las instituciones está asociada al debilitamiento de la representación general de la sociedad. Se demuestran los modelos organicistas. La sociedad aparece como un equilibrio inestable entre intereses contradictorios e identidades singulares, entre fuerzas de mercado y acuerdos políticos coyunturales. La idea de sociedad fundada en la superposición entre la integración social y la integración sistémica está en cuestión.

El debilitamiento del programa institucional se manifiesta en el resquebrajamiento del modelo weberiano de la burocracia moderna, entendido como la construcción racional de reglas y roles asumidos por actores impregnados de una moral y una vocación. Hoy se promueven más bien organizaciones flexibles y adaptables al entorno. El trabajo sobre otros deja de ser entendido principalmente como vocación. Los estudios profesionales se alargan, la vocación choca con imperativos técnicos cada vez más fuertes. La legitimidad fundada en valores cede el paso a una legitimidad fundada en la eficacia del trabajo realizado y las competencias certificadas. Los directores de los colegios y los hospitales deben ser a la vez gerentes de alto nivel y políticos hábiles e influyentes.

La crisis de las instituciones conlleva a la disociación entre poder y autoridad. La autoridad legítima deviene en factor de poder entre otros. El maestro y el médico deben construir su autoridad a partir de sus propios recursos y su capacidad de desenvolverse en organizaciones cada vez más complejas.

Se produce una ruptura entre actor y sujeto. El individuo se vuelve «incierto», fragmentado, descentrado. Ya no está enraizado en un conjunto

homogéneo de valores e identidades. Se ve obligado a administrar lógicas opuestas y a realizar un trabajo de justificación y de construcción permanente de sí mismo. Es este trabajo el que lo convierte hoy en día en sujeto.

Hemos pasado de las entidades tradicionales dadas, a las identidades fluidas, construidas a partir de una multiplicidad de roles, rupturas y experiencias. Mientras que la globalización de los intercambios nos hacía temer un mundo monocolor y unicultural, asistimos por el contrario, a una explosión de identidades culturales, sexuales, religiosas. Aparecen identidades de redes e identidades virtuales, fruto del desarrollo de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Más que un mosaico de tribus, estas identidades dan lugar a una *fragmentación de cada individuo*. Este se vuelve multicultural, vive en varios mundos y se confronta a varios idiomas como si fuera un emigrante. Gran parte de las nuevas identidades se alimenta de las tradiciones pero responde sobre todo a proyectos de vida y a la resistencia a diversas formas de dominación.

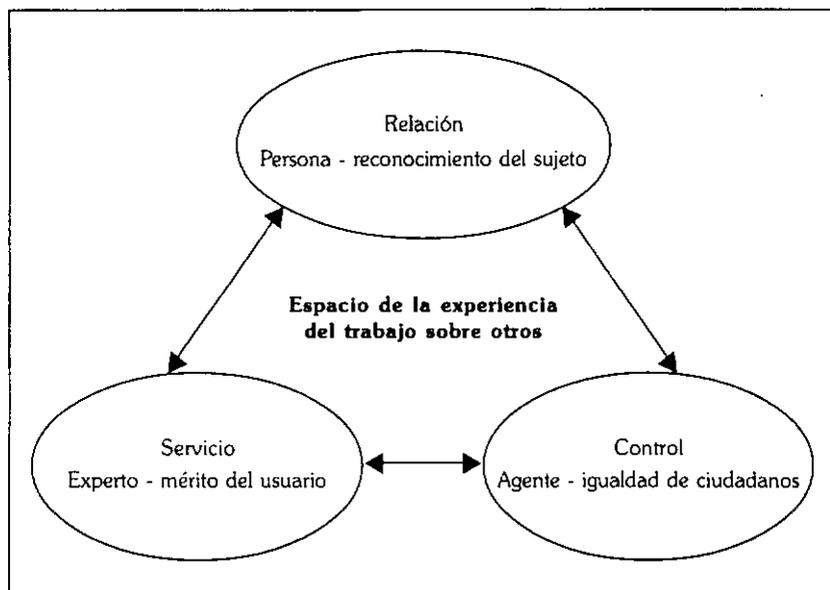
La experiencia fragmentada del trabajo sobre otros

Lo que el programa institucional unificaba tiende a separarse. Surgen lógicas de acción más autónomas. En este contexto, el trabajo sobre otros no puede definirse fundamentalmente como una vocación. El propio trabajador tiene que reconstruir la unidad de su experiencia profesional.

Dubet distingue tres lógicas de acción, antes fusionadas, que ahora intervienen de manera separada: 1) *el control social*, que consiste en atribuir roles y asegurar que los individuos los cumplan, de acuerdo con un conjunto de reglas; 2) *el servicio*, que define al trabajador como un experto encargado de realizar eficazmente tareas técnicas propias de su especialidad (enseñanza pedagógica, atención médica, asistencia social, etc.) así como una serie de tareas anexas de administración y coordinación; y 3) *la relación*, en la cual el profesional es apreciado por su capacidad de atender la dimensión humana del trabajo sobre otros. Cada una de estas lógicas remite a principios distintos. La lógica de control se sustenta en la igualdad de trato del ciudadano y el reconocimiento de sus derechos. La lógica del servicio responde al principio del mérito del usuario y a la validez de sus demandas. La lógica de la relación apunta al reconocimiento del otro como sujeto y persona humana. El esquema siguiente grafica la diferenciación de las dimensiones del trabajo sobre otros, en contraste con la ecuación lineal presentada antes.

¿Es posible vivir sin instituciones?

Los programas institucionales modernos se forjaron al calor de la ruptura del mundo occidental con el orden tradicional, y el triunfo de los principios de racionalidad y la emancipación del sujeto, que dieron lugar en los últimos tres siglos a la constitución de los estados-nación, la expansión del capitalismo y una creciente globalización de los intercambios a escala mundial. A lo largo de este proceso, dichos programas atravesaron diversas crisis y fueron objeto de importantes cambios. Pero su cuestionamiento reciente, particularmente en las últimas tres décadas, parece más profundo y exige respuestas de mayor alcance. Dubet argumenta que el actual ocaso de las



instituciones es producto de las mismas conquistas de la modernidad, en especial la promoción del espíritu crítico, el derecho de los individuos a auto-determinarse, la doble exigencia de la libertad y la igualdad. Este ocaso suscita una serie de problemas que afectan la convivencia social: carencia de legitimidad de la autoridad, falta de mediaciones entre los individuos, fragilidad de los acuerdos públicos, desprotección de los sectores menos favorecidos. De hecho, no se puede convivir sin instituciones. La cuestión planteada lleva a examinar las respuestas posibles a la actual situación.

Hacia un nuevo estilo musical

El autor señala tres callejones sin salida: 1) el regreso a la autoridad, perspectiva neoconservadora que suele recurrir al dogmatismo religioso; 2) la liberalización y globalización del mercado, considerado como el mecanismo más eficaz de coordinación entre los agentes económicos, sociales y políticos; y 3) el llamado obsesivo al derecho como recurso para resolver los conflictos, mediante la intervención judicial.

La propuesta de mutación institucional de Dubet es aparentemente modesta. Plantea una concepción más política de las instituciones y funda su legitimidad en el ejercicio de la democracia.

Se trata de reformular programas institucionales capaces de socializar a los actores y favorecer su desarrollo como sujetos, sin tener que recurrir a un supuesto principio superior, planteado *a priori*. Allí reside la ruptura con el antiguo modelo. La nueva perspectiva consiste en combinar principios variados y opuestos mediante debates y acuerdos entre los actores involucrados.

Dicha propuesta involucra tanto a los profesionales que asumen el trabajo sobre otros, como a los usuarios de los programas —los alumnos, los enfermos, etc.— y a la ciudadanía en general, las autoridades políticas y la opinión pública. Se subraya la importancia del oficio de los profesionales y

de su intervención para el logro de objetivos comunes y acuerdos. Se subraya también el reconocimiento de los usuarios en tanto que sujetos activos, portadores de derechos y capacidades, llamados a participar efectivamente en la orientación, la implementación y la evaluación de los servicios. Se plantea la necesidad de establecer reglas claras, delimitar bien el ámbito de competencia y asegurar mecanismos transparentes de control de los programas por las autoridades y la opinión pública.

Para ser efectivas, todas estas propuestas deben ir de la mano con medidas concretas para reducir las desigualdades y las prácticas discriminatorias. En general se trata de fortalecer la legitimidad democrática de las instituciones, y reconocer sus contradicciones y debilidades, para superarlas.

Dubet concluye recurriendo a una metáfora musical. Los programas institucionales antiguos actuaban como una gran orquesta sinfónica donde cada músico ejecuta una partitura definida. Algunos exploraron también estilos complementarios, tal como el de la sonata, que privilegia la interpretación virtuosa del solista, y el concierto, que establece un diálogo entre la orquesta y el solista. Vivimos hoy en un mundo en el que cada uno quiere ser solista pero necesita formar parte de un conjunto. Para tocar música juntos, sin que el individuo deje de ser sí-mismo, deberíamos inspirarnos en la música de cámara o el jazz, que realizan el milagro de producir una sintonía a partir de una conversación en la que cada uno aporta su plena expresividad.